

Guardado Biblioteca de la Comision de Monumentos

DISCURSOS

LEIDOS ANTE LA

REAL ACADEMIA DE LAS TRES NOBLES ARTES

DE SAN FERNANDO

EN LA RECEPCION PÚBLICA

DE

DON ELÍAS MARTIN

EL DÍA 1.º DE DICIEMBRE DE 1872

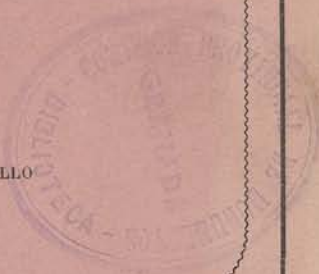


MADRID

IMPRENTA Y FUNDICION DE MANUEL TELLO

Isabel la Católica, 23

1872



DISCURSOS

LEIDOS ANTE LA

REAL ACADEMIA DE LAS TRES NOBLES ARTES

DE SAN FERNANDO

EN LA RECEPCION PÚBLICA

DE

DON ELÍAS MARTIN

EL DIA 1.º DE DICIEMBRE DE 1872



MADRID
IMPRENTA Y FUNDICION DE MANUEL TELLO
Isabel la Católica, 23
1872



THE JOURNAL OF THE

ROYAL ANTHROPOLOGICAL INSTITUTE

OF GREAT BRITAIN AND IRELAND

VOLUME XXV. PART I.

1895.



DISCURSO

DEL

SR. D. ELÍAS MARTÍN

1875

WILLIAM S. BATES

SEÑORES ACADÉMICOS:

El legítimo deseo de corresponder, como justo es hacerlo, á la señalada honra que de vuestra benevolencia he recibido, y el conocimiento de mis escasas fuerzas, turban mi ánimo y anudan mi lengua en este instante, de tal modo, que con trémulo y balbuciente lábio no podrá mi acento revelar lo que pasa en mi corazon. Únicamente me alientan á presentarme ante Corporacion tan ilustre, mi vivo anhelo de expresarle la profunda gratitud que experimento por la suma largueza con que admitiéndome en su seno se ha dignado galardonar mis exíguos méritos, y el firme propósito de cumplir con sus sábios preceptos.

Tiemblo, sin embargo, al considerar que el primero de estos á que debo obedecer me impone el deber, muy árduo para mí, de fijar, siquiera sea por breve rato, vuestra perspícua atencion, disertando sobre alguno de los muchos puntos que caen bajo la extensa jurisdiccion del arte; pues aun eligiendo el de la Escultura, que es el que está más á mis cortos alcances, me será difícilísimo dicho empeño, en atencion á que consagrado exclusivamente al estudio práctico de aquella, habituado á formular mis ideas por medio de líneas, y más amigo del cincel que de

la pluma, no poseo en modo alguno las galanas formas de otro arte no ménos elevado, el arte de bien decir.

En mi eleccion, Sres. Académicos—perdonadme que os lo diga,—habeis padecido un generoso error, porque ni encontrareis en mi persona al escultor que crea con fecundidad, ni al artista que, con elevadas teorías y fácil palabra, es capaz de iniciar grandes reformas; sino solamente al hombre que conociendo la pobreza de su ingenio, y abrigando sincero amor á su profesion, vela una y otra noche, multiplica sus tareas, y se esfuerza en suplir con su laboriosidad los defectos de su suficiencia. Acaso, señores, habreis querido recompensarme por tan improbables afanes, porque fuera yo demasiado soberbio si creyese ni por un momento que la Academia há menester del auxilio de mis débiles fuerzas, cuando, muy al contrario, vengo á ella codicioso de sus consejos, y muy cordialmente los solicito.

Por otra parte, ¿qué podrá decir de nuevo el que tiene el honor de dirigiros la palabra, cuando debe todo lo que sabe á vuestros doctos consejos y á la leal proteccion de mi digno maestro, cuya cariñosa mirada me presta aliento en esta solemne ceremonia? No pretendo, por lo tanto, ni lo intentaré siquiera, sorprenderos con un erudito y trascendental discurso: sólo aspiro, en este para mí memorable dia, á exponer algunas someras consideraciones generales sobre la Escultura, y á declarar la necesidad que en mi humilde juicio tiene aquella, como todas las bellas artes, de la proteccion ilustrada y franca de los Gobiernos ó de grandes Corporaciones, segun se dispensó en más afortunadas épocas, así como la influencia poderosísima que ejerció en su desarrollo y prosperidad la vivificadora fé religiosa.

Pero un triste pensamiento me asalta. Dejad, señores, que ante todo tribute un recuerdo á la memoria del que tambien fué profesor mio, y cuya silla vengo indig-

namemente á ocupar; del excelente artista D. José Piquer, que ayer era vuestro compañero, y que hoy reposa en el mundo de la eterna luz.

Cumplido este sagrado deber, calle el hombre y hable el artista.

Yo creo, Sres. Académicos, que si el arte es una actividad de nuestro ser, mediante la cual producimos exteriormente en el orden estético lo que el espíritu concibe; si su objeto es representar, valiéndose de imágenes sensibles, creadas por el entendimiento, las ideas que constituyen la esencia de las cosas, á la Escultura toca revelar el carácter físico, los hábitos morales y las creencias religiosas de cada pueblo, porque ella como las demás artes, y aun de un modo íntimo y particular, está ligada al sentimiento religioso, sentimiento que abre al hombre un mundo intelectual que los fenómenos del mundo material no le ofrecen. Así lo interpretaron los antiguos, y por eso entre ellos la Escultura fué el reflejo fiel de la sociedad que le dió vida.

Opinan muchos que el destino de las bellas artes se concreta á la imitacion exacta y minuciosa de la naturaleza. Pobre destino seria este en verdad, si así fuese exclusivamente. Ciertó es que ante el espléndido espectáculo de aquella, siente el artista germinar en su mente la inspiracion; cierto que para las artes imitativas la verdad ha de ser la primera regla; pero tal obligacion tiene sus límites, porque de otro modo el que más servilmente se aproximase á dicha imitacion, ese sería el mejor artista; y que así no sucede, claramente lo demuestra la rica historia de todas las artes. Debe representarse la verdad tomándola de la naturaleza en su estado de perfeccion; pero al génio y el buen gusto cumple buscar medio de embellecerla, idealizándola sin desfigurarla, guiados por la invisible luz del espíritu que no perciben los ojos cor-

porales. Quien no lo hiciese así, no será artista. Cortad el vuelo á la fantasía, rechazad la levadura que el alma deposita en las creaciones de la belleza, y el arte será á lo más una fotografía inmensa y multiforme; no veais más que con esos ojos corporales, y sereis como el insensato que voluntariamente se priva del auxilio del telescopio para estudiar las maravillas del cielo; no os eleveis sobre la materia cuando querais darle vida, y faltas de ella saldrán vuestras obras, de modo que de cualquiera de estas podrá decirse lo que el poeta Quintana decia de la hermosura, falta de sentimiento:

„¿Sin él qué es la beldad? Flor inodora:
Estátua muda que la vista admira,
Y que insensible el corazon no adora.“

Esto y mucho más puede alegarse contra los que aspirando en las artes, como tambien acontece en las letras, á un ciego y prosáico realismo, segun hoy se dice, niegan al artista todo espíritu creador y proscriben de sus producciones la nocion de Dios, única y primordial fuente de toda inmarcesible belleza.

Al abrir la historia de la Escultura, hallamos en sus primeras páginas impresos los nombres de los egipcios. Vemos en ellas que sus escultores gozaban de muy poca consideracion, porque no profesaban el arte por el arte y como elocuente manera de demostrar el poder creador del génio, sino que obligados á reproducir lo concerniente al culto esterilizador de sus falsos dioses, ó á la ilustracion nacional, estaba la Escultura ligada á formalidades simbólicas ó á ceremonias groseras que impedian su libre desarrollo, esclava como era de sus tradiciones é hija de erróneas creencias que representaba con servil fidelidad. Cultivaron la forma, sujetándola á un tipo dado cuya idea

nunca trataron de enmendar, y por lo referente á la forma en sí misma tampoco podían mejorarla, porque su religion no permitia el estudio del modelo humano, vivo ni muerto, pictórico ni anatómico. Así sus estatuas revelan la carencia de este estudio, poca gracia en el movimiento, líneas siempre rigidamente rectas, y falta de precision en la forma; pudiéndose asegurar, si así puedo expresarlo, que sólo tenían grandes masas, y que hasta en las composiciones que exigian más movimiento y vida se les veía circunscribirlas al mismo tipo convencional. Si representaban la Divinidad, hacíanlo unas veces con forma humana y uniéndola además atributos especiales nada estéticos: otras lo verificaban también con cuerpo humano, pero poniéndole la cabeza de algun animal consagrado á la propia Divinidad representada. Ya podeis inducir de la mezcla de elementos tan heterogéneos la inmovilidad de su civilizacion, y ver que tan oscuras como sus nociones sobre Dios, eran poco bellas las manifestaciones de este en la esfera del arte.

Pero pasemos á la Grecia, en donde como en ninguna otra nacion floreció la Escultura.

Allí vemos que si bien los escultores de la primera época conservaban todavía algo de rigidez en los contornos de sus obras, dureza en el movimiento y cierta angulosidad, segun se echaba de ver en las estatuas de *Minerva* y *Juno* que hizo Dédalo, y en la *Minerva Iliaca* de Esmilides, marcábase, no obstante, un adelanto inmenso sobre los egipcios, debido á que los griegos tenían, aunque también falsas, diferentes creencias en religion, y mucho más adelantadas en filosofía; á su vida política expansiva, á sus costumbres domésticas y á su carácter moral. No es, pues, extraño que al ver tal progreso, diga Pausanias hablando de Dédalo, que sus obras, aunque groseras, tenían algo de divino, y que Homero en su *Iliada*, al enumerar los maravillosos primores esculpidos en

el escudo de Aquiles, le cite con la expresion de un grande elogio, diciendo de esta manera:

Una danza despues allí Vulcano
Entalló artificiosa, y semejante
Á la que en otro tiempo en la ancha Creta
Dédalo imaginó para la rubia
Ariadne.

Separáronse más adelante los escultores del rigor del símbolo, apasionándose por la reproduccion de modelos materiales; y cuando se emanciparon de las leyes hieráticas que prescribian tipos estables para representar la Divinidad, sólo figuraron á los dioses por medio de estatuas que posteriormente reprodujeron con vigor, gracia ó energía, segun cuadraba á la Divinidad ó personajes representados. Vino para la Escultura una segunda época, en la cual el crecido comercio que se hacia con los pueblos del Asia y con otras naciones, el aumento de la riqueza, el desarrollo de la vida física con los ejercicios de la gimnasia, y los juegos olímpicos, dieron nuevo impulso al arte. La frecuente vista de aquella desnudez, de aquellas airosas actitudes, y el tener que modelar las figuras de los atletas vencedores, pues como dice Plinio: «en Olimpia consagraban las estatuas de todos los que salian victoriosos, y se retrataba y llamaba *icónicos* á los que ganaban el premio por tres veces,» todo esto condujo á estudiar la naturaleza con mayor atencion. Ya no se ceñian en esta época á expresar el gesto, y por decirlo así la caricatura, como en las primitivas obras, sino los sentimientos internos, los esfuerzos de la voluntad humana y los ímpetus del alma. Cupo á Fidias la gloria de haber desviado el primero la Escultura de la simple imitacion de la naturaleza, dirigiendo aquella al culto de la belleza; y realizó lo

bello, lo grande, lo sublime, expresando admirablemente la vida interior. Así lo patentizan sus estatuas del *Júpiter Olímpico*, de la *Pálas* del Partenon, y todavía lo vemos hoy en todos los fragmentos que existen de las obras que dirigió en tiempo de Pericles. Sus discípulos Colotes, Alcámenes y otros, siguieron durante algun tiempo por la senda que él les había trazado, cuyo término era obtener la proporcion justa, la armonía de líneas, y la belleza tranquila al expresar la omnipotencia, hasta la conquista de Alejandro en cuyo tiempo las maravillas del Asia excitaron el génio de los artistas, inspirándoles el gusto por la magnificencia. Entonces Policeto, Eufranes y Lisipo, mejoraron la parte artística, pero descuidaron la idea de la Divinidad, y así en lo que más sobresalieron fué en la graciosa manera de modelar los atletas y los héroes cuyo poder vigoroso pusieron de manifiesto como nadie, segun vemos en la estatua de *Alejandro* que hizo Lisipo, existente en el Museo de Nápoles, y en otras varias análogas. No tardó, sin embargo, la Grecia en decaer de este período tan floreciente. Habiéndose aflojado el íntimo lazo de la vida política con el arte despues de la guerra del Peloponeso, suscitóse hácia la Olimpiada 104 otra nueva escuela en Ática, inspirada por Scopas y Praxiteles; y aunque estos conservaron siempre en sus obras nobleza de actitudes y belleza de líneas, segun se vé en el *Apolo* de la *Villa Albani*, del segundo de ambos, y en el grupo de *Niobe* que se atribuye á uno de los dos, prefirieron no obstante la elegancia á la sencillez. Sus imitadores y sucesores se propusieron como único fin la gloria y satisfaccion individual. Siendo su principal objeto lo gracioso y animado, crearon cosas espléndidas y de efimero valor por buscar nuevas invenciones despues de las que tanta nombradía habían dado á los grandes artistas, y yendo á parar á lo exagerado y fantástico, lisonjearon innobles apetitos y sólo aspiraron á producir el efecto. Por esto



la plástica decayó, como lo vemos en el grupo de *Luchadores*, obra de Timarque, hijo de Praxiteles.

Por la misma época á que me refiero florecieron en la escuela de Rodas insignes artistas como Agesandro, sus dos hijos Polidoro y Atenedoro, Apolonio, Glicon y otros. En las obras que nos dejaron, que son *Laocoante*, el *Toro Farnesio*, el *Hércules Farnesio* y otras de análoga índole, aparece ya la Escultura materialmente afectada y teatral. Pero aun declinó más, porque habiendo dejado de ser como las demás bellas artes una parte necesaria del Estado, entró en el dominio particular y se vió obligado á seguir el capricho de los comitentes y á buscar la popularidad por medio de esfuerzos de ingénio, aunque sin ningun objeto elevado. ¿Qué otra cosa podia suceder cuando magnates y cortesanos obligaban á los artistas á adularles, haciendo caricaturas y parodias que solo revelaban sensualidad y capricho?

Podeis ver, señores, por lo que llevo enunciado, que la Escultura fué siempre entre los griegos, en sus mejores tiempos, popular y religiosa, y que todo el poder del arte fué empleado en la idealizacion del hombre, único fin de la Escultura helénica, por lo cual elevaron á tan alto grado la forma humana aplicada á la personificacion de los dioses. Y tambien observareis, cómo la historia nos dice que las grandes obras jamás fueron hechas por encargos particulares sino del Estado. Y que así aconteció, y que cuando más floreció la Escultura no era ésta del dominio privado, claro lo demuestra la circunstancia de no haber escritor ni historiador que citen una obra maestra como de pertenencia particular.

Ménos afortunados que los griegos, los romanos no tuvieron arte propio, sobre todo en los primeros tiempos de su Escultura. Limitados á copiar y á tomar de lo que veian en los países conquistados, segun el capricho les dictaba, carecieron de verdadero carácter y de genuina

espontaneidad. No podia suceder de otro modo, cuando les faltaban libertad política y afectos domésticos y naturales, y cuando sin creencias religiosas propias, admitian con punible indiferentismo las de todos los países subyugados al filo de su espada. Entre ellos se acogieron algunos escultores que habian huido de la vencida Grecia, donde no habia pueblo ni costumbres que produjesen las grandes inspiraciones. Otros fueron conducidos á Roma desde su pátria, si no esclavos, reducidos al ménos á la condicion de artesanos, y ya no tuvieron alli la genial inspiracion que solo puede producir la independenciam, ejercitándose, como ha dicho un escritor, en su profesion á manera de gramáticos y pedagogos; á la vez que los que se quedaron en Grecia se veian obligados á levantar estatuas á tiranos procónsules.

Tal sucedió hasta el tiempo de los emperadores. En éste tomó incremento la Escultura en Roma, porque enriquecida con el botin de todo lo bueno que encontraron en los países conquistados, teniendo á la vista los escultores romanos tantas joyas y preciosidades de todo género, realizaron un notabilísimo progreso, brillando peculiarmente en la reproduccion de las estatuas de los emperadores y en los retratos de los héroes, todo lo cual elevaron en efecto á grande altura, hasta el punto de poderse decir que se confundieron con los griegos. En comprobacion de este aserto, citaremos, de entre muchas obras eminentes, la estatua de *César*, desenterrada en Roma pocos años hace; la ecuestre de *Marco Aurelio*, existente en la plaza del Capitolio, y la de *Septimio Severo* del palacio de los Barberini. Pero cuando, apartándose de esta tendencia, quisieron ser originales, solo acertaron á traducir lo rudo, áspero y exagerado de sus costumbres. En sus esculturas se ve un pueblo lleno de vigor, más identificado con la guerra; así fué que nunca poseyeron la forma depurada y encantadora de los griegos. Y si es ver-

dad que atendieron más al conjunto que al detalle, porque sus Esculturas fueron siempre destinadas á ornamentar plazas y edificios públicos, lo cual influyó quizá mucho en que no modelasen y dibujasen con tanta delicadeza y perfeccion, tambien lo es que aún así revelaron falta de originalidad.

Por último, cuando el imperio romano tocaba á su fin, era tan excesivo el abuso de estátuas y retratos, que no ya se levantaban solamente al mérito de un probo magistrado, al valor de un defensor de la pátria, á la memoria de un insigne ciudadano, ni se reservaban á los dioses, á los héroes, á los buenos, sino que se multiplicaban en favor de las más bajas y serviles adulaciones, habiéndose llegado hasta la degradacion de erigir estátuas á los vicios personificados. No es, pues, extraño que viendo tan prostituida la Escultura, ningun hombre de verdadero valer se afanase por erigirse una estatua ó un busto, estando muy lejos de desear que un envilecido cincel legase á la posteridad una demasiado dudosa y confusa reputacion. Decaída hasta tal punto la sociedad, ¿qué habia de hacer la Escultura sino decaer tambien llorando su perdida grandeza? ¿No acontecia lo propio á las demás artes sus hermanas, cuando Plinio lamentaba como moribunda la Pintura?

Apareció por dicha la gloriosa era del Cristianismo. Éste, que habia divinizado el órden moral, debia producir tambien en el estético una general trasformacion, imperando su espiritualismo en la idea fundamental del arte, no destruyéndola sino completándola. Dedicado éste hasta entonces á copiar la materia y aplacer los sentidos, esculpiendo la imágen con el Dios, fué naturalmente aborrecido por los primeros cristianos, que en el fervor producido por la sangre, aún caliente, de millones de mártires, deseosos de borrar las huellas del envilecido paganismo, y llevando en su religion Divina el gérmen de muerte de

toda religion humana, arruinaron casi todos los restos de la antigüedad, los templos, los ídolos, las estatuas de los hombres célebres que coronaban los edificios; destruccion tan radical, que—luego á su vez completaron en contrario sentido los iconoclastas—hizo extremecerse al arte, que quedó durante mucho tiempo como eclipsado, sin prever todavía los más espléndidos dias de gloria que le aguardaban. No acertando con la senda que debia conducirle á la realizacion del idealismo, á la purificacion del sentimiento, que más tarde asombraron al mundo, aconteció que desde la caida del Imperio romano hasta el siglo XIII, la Escultura no tuvo ni proporciones, ni dibujo, ni movimiento en las figuras, porque los escultores de aquellos tiempos no se proponian el halago de los sentidos, sino la espiritualidad del culto: el pueblo y los comitentes solo les exigian imágenes que sirviesen á la vida cristiana, de cuyo sentimiento religioso fueron exclusivamente intérpretes, hasta el punto de que cediendo á las exigencias de la época que enaltecia el espíritu inmortal sobre la carne deleznable, se olvidaron por completo de las leyes de la forma.

Afortunadamente en el referido siglo XIII el arte se corrigió de tan severas exageraciones. Nicolás de Pisa, Jacobo Quarcia, y otros, fueron los primeros en volver á estudiar antiguas bellezas artísticas; y estasiándose en su contemplacion, pudieron de esta manera dar ejemplo de cómo se podia armonizar el respeto debido á la forma con la expresion más sublime de la idea religiosa. Hiciéronse fieles intérpretes del sentimiento que brota del Evangelio, por lo cual la Escultura cristiana llegó en su segunda época al más excelso apogeo de su grandeza. Así nos lo demuestran Ghiberti en su *Sacrificio de Abraham* y en las puertas del Baptisterio de Santa María del Fiore, en Florencia; Donnatello en la *Adoracion de los Pastores* de Monte Oliveto, en Nápoles, y en el *Entierro de San Lorenzo*; Anto-

nio Polajuolo en los famosos *Sepulcros de Inocencio VIII y Sixto IV*, existentes en el más grandioso de los templos, San Pedro de Roma; siendo fácil recordar, si esto no nos bastase, las obras excelentes de Sansovino y Lúcas della Robbia. ¿Puede darse en la difícil Escultura cristiana mayor sublimidad que la que estos revelaron? ¿No se vé que ella sólo despierta en el ánimo al contemplarla la idea de lo infinito?

Al enumerar estos insignes escultores del Renacimiento en Italia, no podemos ménos de recordar, porque son sumamente reputados, los que por esta época florecieron en España para su eterna gloria. El fecundo Berruguete, el severo Borgoña, el místico Becerra, el rico Montañés, el sencillo Alonso Cano y otros muchos que nos legaron obras eminentes en Toledo, Búrgos, Granada y Sevilla, manifiestan elocuentemente la altura á que elevaron en nuestro suelo pátrio la Escultura cristiana. Por desgracia, este glorioso período declinó en el concepto cristiano como en otros habian declinado los anteriores. En tal decadencia influyeron dos grandes escultores que á la sazón florecian en Italia. Miguel Ángel y Juan Bologna, á quienes me refiero, que ya sólo se proponian el estudio de lo verdadero con preferencia al de lo bello, no conocieron ni estilo ni reglas inviolables; de modo que en sus obras impera cierta desordenada libertad. Especialmente Miguel Ángel, que con su imaginacion fecunda y génio fogoso sólo consideraba obligatorios los tipos históricos, porque era esclavo de la verdad real, incurrió en un grave defecto que Winckelmann le censura, cual es el de haber tomado la figura del Salvador, de las bárbaras producciones de la Edad Media: así sucede que en sus obras no se ve lo que en las obras de los escultores cristianos del Renacimiento, esto es, que tenian dos fuentes para su inspiracion: una, el mundo exterior para imitarlo en sus variadas formas, que sabian idealizar, y

otra, la más elevada idea religiosa que los ofrecia el Dios Hombre, tipo de la perfección moral y último grado de la belleza ideal. Miguel Ángel es el artista extraordinario que rompiendo sin reparo alguno las leyes de la tradición, no reconoce la idea cristiana, que, según puede decirse, cayó para él en el olvido, como exclusiva inspiradora y reguladora del arte; y entregado con todo el poder de su génio y de su amor propio al cultivo del ideal pagano y de la Anatomía, crea una escuela ó estilo que nace y muere con él, porque no era dado á sus imitadores seguir por mucho tiempo la difícil senda que á él solo era dado recorrer.

Ya en el siglo XVII, ó sea despues de la muerte de Miguel Ángel, aparece Bernini con carácter y escuela propia en el mundo de la Escultura. Vése en él fantasía en las creaciones, facilidad de ejecucion, contraste de líneas que encontró sin ser convencional, buen conjunto de paños, aunque no plegados con sencillez. Sus obras no sólo son todas hermosas por la forma, sino algunas de ellas por el sentimiento, como se echa de ver en la *Santa Teresa*, *San Sebastian* y otras, que seria prolijo enumerar. Pero en lo que más sobresalió fué en los retratos, no sólo por su precision y verdad, sino por la delicadeza de toque y distinguida expresion que en ellos imprimia, bastando para probarlo recordar el de *Paulo V* existente en la *Villa Borghese* en Roma, con el cual patentiza que á él sólo estaba reservado ser el Velazquez de la Escultura. De un defecto puede inculpársele, sin embargo; el de haber dado pretexto á la escuela denominada *barroca*, porque habiendo introducido sus sucesores el amaneramiento y la corrupcion, por no comprender la sobriedad y sencillez en los movimientos, sólo consiguieron ser hinchados cuando pretendian ser grandiosos. Así es que en la Escultura de aquella época, no sólo se advierte una descompuesta libertad hasta entonces desconocida, sino la más perjudi-

cial anarquía; pareciendo que los secuaces de tal aberración se habían propuesto únicamente evidenciar hasta qué punto puede extraviarse un artista cuando abandona el camino de una doctrina racional.

Desde fines del siglo XVII, época á que me refiero hasta nuestros días, han florecido eminentes escultores en Italia, España y Alemania, pero careciendo ya la Escultura de carácter privativo y particular. Ciertamente es que se lucha, que se hacen grandes esfuerzos por adelantarla é imprimir en ella un sello de vida propia, pero también lo es por desgracia que no llegarán á conseguirse tan altos fines en la edad presente, ni mucho menos ascenderá á su apogeo mientras la forma no sea verdadera revelación del espíritu, y sobre todo, mientras reanimada la fé religiosa no disipe con su viva luz las invasoras tinieblas de una falsa filosofía. Algunos, ó más bien la mayor parte, sustituyen el sentimiento individual á la autoridad del ejemplo, y lo que con esto se gana en independencia se pierde en precisión y carácter. El árido positivismo, la esterilizadora incredulidad de nuestros días, ejercen en las artes su funesta influencia, habiendo sólo veneración á las ideas que inspira el culto sevil de la forma; ideas que si conducen á la verdad real, alejan al arte del camino que pudiera reconducirlo al engrandecimiento de que gozó en épocas anteriores. Mirad, señores, la mayor parte de las obras modernas, existentes en Monumentos públicos, en Palacios, Templos y Cementerios, y vereis que apenas se encuentra alguna que otra que encierre en sí, ó que traiga á la memoria, un pensamiento filosófico elevado, una idea cristiana consoladora. Cada uno inventa, ó copia á capricho, sin tener en cuenta el carácter peculiar de la obra que ejecuta. ¿Es este el camino del arte?

Además, tampoco tiene hoy la Escultura una esfera grande en que desarrollarse; porque, decidme: ¿dónde están los Gobiernos que la protegen para ensalzarla á ma-

yor altura, como se la protegía entre los griegos erigiendo Templos y Panteones? ¿Dónde los Reyes Católicos, los Duques de Ferrara, los Julio II y Leon X, los ricos Cabildos, las fervorosas comunidades religiosas que impulsaron el Renacimiento, levantando Catedrales y todo género de Iglesias, enriqueciéndolas con los más exquisitos y variados Monumentos?

Pero reparo, señores, en que estoy molestando vuestra ilustrada atencion, y pongo fin á mi desaliñado discurso parándome en mi camino como el viajero fatigado se sienta á orillas del que ha recorrido penosamente. Quise probaros que se necesita el imperio de la vivificadora fé religiosa y la proteccion ilustrada y decidida de los Gobiernos para el engrandecimiento del arte en general y de la Escultura en particular. Sé que no lo he conseguido, pero tambien sé, y esto me consuela, que vuestra perspicacia habrá acertado á sacar las consecuencias que yo no he sabido deducir, con solo haberos recordado las diversas épocas artísticas que en relacion al noble arte que amo y profeso, han formado el fondo de este mismo discurso. Perdonad mi insuficiencia, y acogedme en vuestro seno como un amigo que os estima y un discípulo que os respeta.

HE DICHO.

DISCURSO

DEL

EXCMO. SR. D. SABINO DE MEDINA

EN CONTESTACION AL ANTERIOR

DIAGNOSTICO

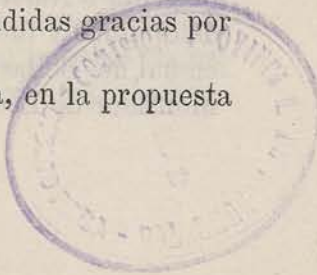
RECORD. S. D. SABINO DE MEDINA

EXAMINADO EN ACADEMIA

SEÑORES ACADÉMICOS:

Si honra es para mí, y muy grande, el que me hayais elegido para llevar vuestra voz en este día, grande es también la dificultad en que me encuentro de poder corresponder á lo que es debido á esta ilustre Academia, á lo que de mí debíerais esperar, y muy particularmente á mis deseos. Acostumbrado sólo á discutir familiarmente con vosotros, en las tareas artísticas que á este distinguido Cuerpo le están encomendadas, carezco de las facultades oratorias, tan esencialmente necesarias en estos casos. Si esto es cierto, y lo sabeis, ¿á qué deberé yo vuestra eleccion, contando en vuestro seno á tantos eminentes artistas y literatos, que en tantas solemnidades como la presente, han cautivado con sus luces y su elocuencia vuestra atencion? Solo á un acto de la generosa deferencia que tantas veces me habeis dispensado. Habeis, sin duda, tenido presente que el que vais á recibir en vuestro seno es un discípulo mio querido, y acaso habeis dicho: «á ti te toca apadrinarlo y compartir con él su natural satisfaccion en este día.» Si tal ha sido vuestro pensamiento, os tributo las más rendidas gracias por la honra inmerecida que me dispensais.

Habiendo yo tenido una parte activa, en la propuesta



que el Reglamento previene someter á vuestro exámen y deliberacion, para la admision del nuevo Académico, pareceme indispensable molestar, aunque sea brevemente, vuestra atencion, haciendo una somera reseña no sólo de los méritos contraídos en su carrera artistica, sino tambien de las cualidades morales, tan necesarias al mayor prestigio del Cuerpo que le recibe, pues seguro estoy de que á vuestros ojos, así como á los míos, no serian suficientes los primeros si faltasen las segundas. ¡En estos santuarios de la inspiracion sana y elevada, poco valen los laureles del arte y de la ciencia si no los realzan y ennoblecen las prendas morales del alma!

Nació D. Elías Martin y Riesco, nuestro nuevo compañero, en el Real sitio de Aranjuez, de honesta y honrada familia. Empleado su padre en los Reales bosques, fué trasladado á Madrid con igual destino á la Real Casa de Campo. Recibida que hubo el jóven Elías su primera educacion, formaron sus padres el cuerdo propósito de darle carrera conforme á su inclinacion. Eligió la Escultura, á la cual manifestó predileccion desde muy temprano. A la edad de catorce años fué puesto bajo mi direccion, ejercitándose con asiduidad en los rudimentos y práctica del arte; frecuentando, además, sucesivamente los estudios superiores de esta Real Academia, hasta el año de 1862, en que tomó parte en el concurso para pensionados en Roma. En él obtuvo el premio. Traslado á Roma, cumplió con toda exactitud el Reglamento, é hizo los envíos de obras que el mismo previene; ejecutando, además, varias obras para América, que no habeis podido conocer, entre ellas un Crucifijo de marfil y una efigie de Santiago. Su última obra ha sido la bella estatua de mármol que representa á *Narciso*, obra que todos conoceis, y cuyo modelo figuró y fué premiado en la última Exposicion Nacional de Bellas Artes. Hallábase á la sazón en Roma Monsieur de Léonard, rico propietario de Lyon, y quiso

adquirir este mármol; pero el autor no pudo acceder á ello, por la condicion que le exigia Monsieur de Léonard de que no habia de repetirse la estatua, para lo cual debia romperse el modelo á su presencia. No pudo resignarse el distinguido artista á aceptar esta dura condicion, que hacia irrealizable su justo y natural deseo de que fuese conocida esta obra en su pátria.

Comisionado Monsieur de Léonard para buscar dos artistas, uno pintor y otro escultor, los cuales deberian encargarse de dirigir una Academia de Bellas Artes en Nueva-York, fueron hechas al Sr. Martin proposiciones ventajosas, que no aceptó, bien á su pesar; pues si bien entreveía un porvenir halagüeño y lisonjero, prefirió regresar á su pátria para ser consuelo y sosten de su anciano padre, al cual la revolucion de 1868 habia dejado cesante de su empleo y sin recurso alguno. Sólo para venir á Madrid salió D. Elías de Roma, donde, con su conducta intachable, su estudioso afan y su afable trato, supo granjearse el aprecio y la amistad de todos, dejando vivas simpatías en la tierra clásica de las artes.

Por el discurso que acabais de oír al nuevo Académico—*Consideraciones generales sobre la Escultura*,—habreis quedado plenamente convencidos de sus conocimientos en la historia del arte de la Escultura; y si los estrechos límites de un discurso lo permitieran, hubiera sido aún más extenso, y no hubiera omitido el hablaros del arte de la Escultura del pueblo etrusco, del cual tiene también pleno conocimiento.

Fué el pueblo etrusco uno de los más antiguos que cultivaron las artes, despues de los egipcios. Aunque de carácter algo melancólico, pero penetrante, audaz y emprendedor, extendió su comercio por todas partes, y principalmente con el Egipto; y sabida es, señores, la influencia que ejerce en la civilizacion el mútuo trato de las naciones, que toman y perfeccionan recíprocamente costum-

bres, leyes, ciencias, artes, y hasta las mismas creencias religiosas. El docto Winckelmann—cuyo nombre profiere siempre con profundo respeto—y el Conde Caylus, dividen en tres épocas el arte de los etruscos. Sin embargo, opinan que por los monumentos llegados hasta nuestros días, pueden dividirse en cinco clases. Colocan la primera en las producciones del arte durante su infancia, aún groseras y toscas como sucede en todos los pueblos. La segunda, en las obras que llevan el carácter del estilo del arte griego ó pelásgico. La tercera comprende aquellas en que se encuentran huellas de la mitología y del arte de los egipcios. La cuarta abraza las producciones del arte llegadas á mayor perfeccion, y en las cuales ya se columbra la antigua mitología griega. La quinta, por último, es aquella en que el arte etrusco llegó á su apogeo, imitando el bello ideal de los griegos, y empleando su mitología.

De todos los sucesos que contribuyeron á difundir las artes y las ciencias de la Grecia entre los etruscos, uno de los más importantes que nos suministra la historia, es la llegada á aquel país de Demarato, padre de Tarquinio Prisco, Rey de Roma y descendiente de la poderosa familia de los Baquiades, de Corinto. Habia Demarato ya anteriormente visitado las costas de la Etruria con motivo de especulaciones comerciales; pero habiendo sido su familia oprimida y lanzada de aquella ciudad por la tiranía del usurpador Cipselo, en el año tercero de la Olimpiada trigésima, ó sea, seiscientos cincuenta y ocho años antes de la Era cristiana, y en el noventa y seis de Roma, fijó éste su morada en Tarquinia. Segun Nesso, citado por Plinio, acompañaron á Demarato, Cleofonte, pintor célebre, y Equiro y Eugrammo, escultores plásticos. Estrabon refiere tambien, que Demarato condujo artistas de Corinto á la Etruria, y añade que á estos artistas la Italia es deudora de las primeras lecciones del arte.

Tarquino Prisco fué mirado como autor y ordenador de las obras que contribuyeron á embellecer á Roma. Durante su reinado, esta ciudad vió construir sus famosos acueductos, y alzarse su gran Circo y el Capitolio, que el segundo Tarquino debió proseguir con operarios llamados de la Etruria. Plinio dice, que un escultor llamado Turriano, de la ciudad de Fegela, fué llamado por Tarquino para ejecutar una estatua de Júpiter; que esta estatua era de barro cocido y que por esta razon se pintaba de color encarnado—minio—en todas las festividades. Esto prueba que ya en aquella época la Escultura era tenida en alguna estima entre los etruscos.

Antiguos historiadores hablan de colonias griegas establecidas en Etruria, á causa de dos emigraciones. La primera de pueblos venidos, unos de la Arcadia y otros del Ática, los cuales se dividieron en dos partes: una pasó á las costa del Ásia, y la otra se estableció en la Etruria y principalmente en el territorio de Pisa, dando al país conquistado el nombre de Tirrenia. La segunda inmigracion de los griegos en Etruria, aconteció trescientos años antes del siglo de Homero, y casi otros tantos despues de Herodoto. Engrosados entonces los etruscos con estas nuevas colonias, se extendieron por toda la Italia.

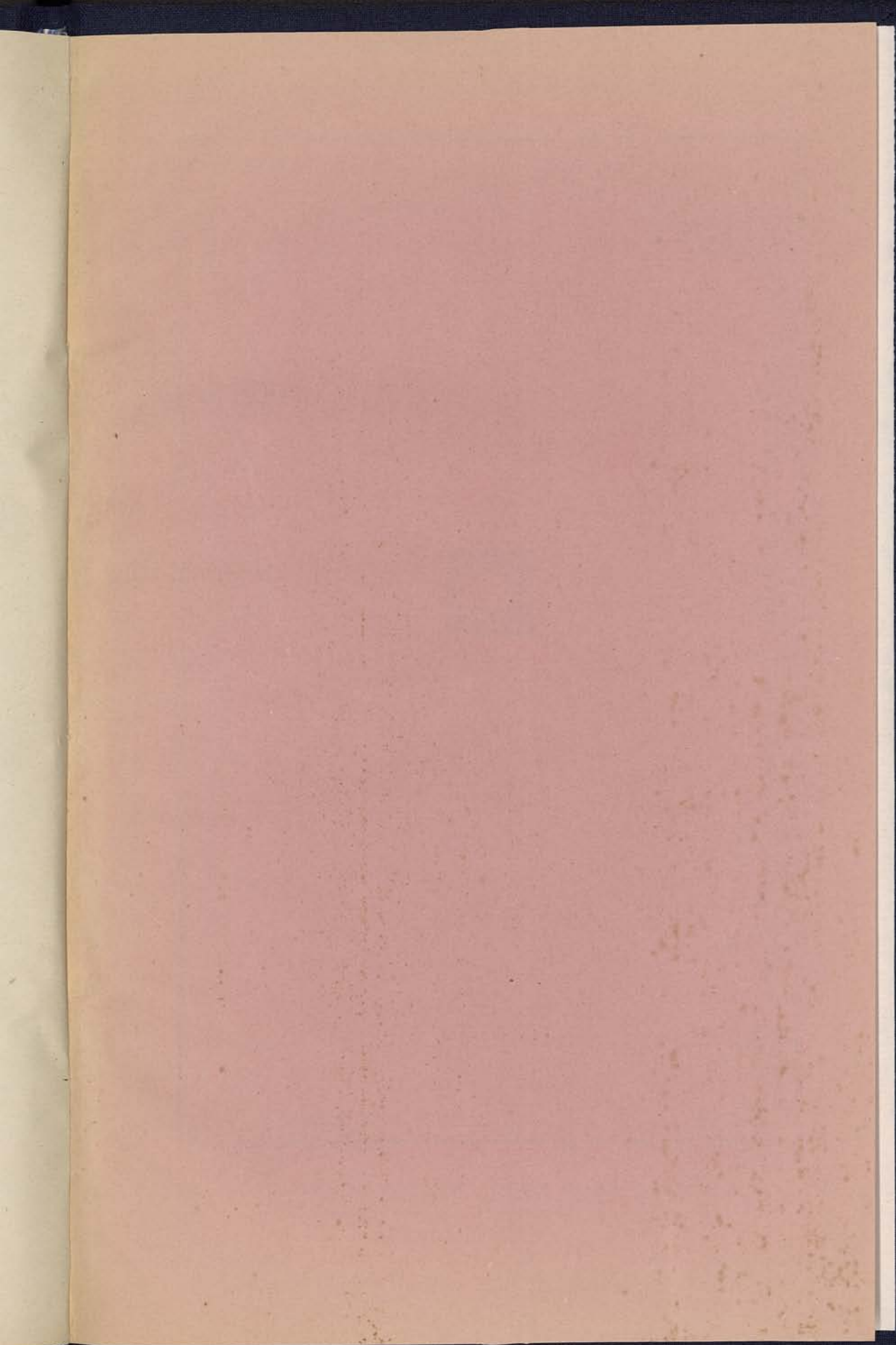
De los soberbios y grandiosos monumentos que antiguos historiadores nos describen de esta Nacion, apenas nos quedan vestigios para admirar su grandiosidad y magnificencia; pero por las estatuas y demás objetos sacados de entre sus ruinas, vemos que las artes entre los etruscos tuvieron carácter genuino y vida propia, como lo atestigua su primitivo estilo, caracterizado en las líneas rectas en el dibujo, en la posicion rígida ó tiesa de sus estatuas, y en la idea imperfecta de la belleza del rostro. La segunda época se señala ó distingue por la indicacion más marcada de la musculatura, por sus actitudes más

desenvueltas ó forzadas, llegando á ser en algunas, y principalmente en varias de sus divinidades, terribles, cólericas ó furiosas. En la tercera época llegó el arte á su mayor esplendor, debido especialmente al largo período de paz de que disfrutaron los etruscos, mientras los griegos, despues de la guerra de Troya, se aniquilaban en continuas luchas intestinas, y á la inmigracion de las colonias griegas, que debieron naturalmente difundir sus luces en el arte. En comprobacion, y por la brevedad, citaré únicamente la *Quinera* de la ciudad de Arretium— hoy Arezzo,—de tamaño natural y de bronce, llena de expresion noble y vigorosa; el *Aurispice*, en traje de Senador, tambien de bronce y del tamaño natural, en cuyo manto muestra en su fimbria caracteres etruscos, y la *Minerva* de Arezzo, estátuas que se conservan en el Museo de Florencia, así como el *Apolo* de estilo griego arcáico con calzado etrusco. En el Museo de Léýden, *Un niño con un ánsar*. En el Museo etrusco del Vaticano, *Un niño* que parece ser una ofrenda votiva, segun Passeri, que lo ha ilustrado, y dice: que á no ser por la inscripcion que tiene en el brazo izquierdo, y haber sido descubierto en el Campo de Tarquinia, podria creerse por su belleza obra del más puro arte griego. Fueron además los etruscos excelentes en todas las demás artes plásticas é industriales, y muy particularmente en la cerámica, en la que pocas naciones les aventajaron. Citaré únicamente por no ser prolijo, la numerosa y sorprendente coleccion de vasos de barro cocido, existentes en el Museo Borbónico de Nápoles, y los que se conservan en el interesante Museo Etrusco del Vaticano, llamado «brazo Gregoriano,» fundado por la munificencia del Sumo Pontífice Gregorio XVI, antecesor de nuestro venerable Pio IX, quien tambien lo ha enriquecido con notabilísimos objetos del arte etrusco. Para demostrar el gusto y predileccion que el pueblo etrusco tenia por las artes plásticas, y en par-

ticular por la estatuaria, baste decir que cuando Marco Flavio Flacco conquistó la ciudad de Volsinium—Volsena,—llamada la Villa de los Artistas, segun Plinio, el vencedor hizo trasportar á Roma de esta sola ciudad, cerca de dos mil estátuas. El arte entre los etruscos empezó á decaer, cuando estos fueron subyugados por los romanos.

Abusando de vuestra paciencia, me permitireis que manifieste mi pobre juicio acerca del estado actual de la Escultura en nuestra pátria; pero ¿qué podré yo decir que no sepais? Bastaria una sola frase, en mi concepto, para expresarlo: ¡esta se halla en crisis inminente, pero de término fatal! Si me preguntais cuál es la causa, ya os lo ha dicho el nuevo Académico. *¡El árido positivismo, la esterilizadora incredulidad de nuestros días, ejercen en las artes su funesta influencia!* Siglo de lo positivo se llama al presente siglo. ¡Ah! Señores, el positivismo, bien lo sabeis, mata toda idea sublime, toda accion generosa, todo sentimiento noble y elevado, y lo que es aún más grave, entibia la fé religiosa en que nacimos, en la que nos educaron nuestros padres, y que ellos con pureza y fervor observaron. Hija del positivismo es la idea que, como yo, habreis oido expresar muchas veces, de que las artes—y especialmente la Escultura—son puramente cosas de lujo, y por consecuencia innecesarias; olvidando que la civilizacion, la cultura y el bienestar de las naciones en todos los tiempos, se miden por el estado de las artes. Funesto fruto del positivismo es la carencia total de la Escultura en nuestros edificios públicos modernos, sin nada que los engalane, ni aún siquiera revelen el uso á que están destinados, y la vergonzosa carencia tambien de monumentos, tanto civiles como religiosos.

El nuevo Académico nos ha dicho asimismo: *A la Escultura toca revelar el carácter físico, los hábitos morales y las creencias religiosas de cada pueblo. Así lo interpretaron los*





ELIA

DISCU

808

872

6631
bis
362